

aquí con la cabeza ligeramente inclinada, sonriendo como pretendiente. Otras veces eran altos administradores, los mismos ministros del emperador, quienes eran recibidos así de pie en aquella pieza, pública como una plaza, llena de un estrépito de niños. Allí se afirmaba la dominación universal de aquel hombre que tenía embajadores en todas las cortes del mundo, cónsules en todas las provincias, agencias en todas las ciudades y barcos en todos los mares. Y no era un especulador, un capitán aventurero manejando los millones de los demás, soñando, como Saccard, combates heroicos donde vencer ó donde ganar para sí un botín colosal, gracias á la ayuda del oro mercenario, puesto á sus órdenes; era, como él lo decía bondadosamente, un simple comerciante de dinero, el más hábil, el más celoso que pudiera haber. Sólo que, para dar solidez á su poder, le era necesario dominar la Bolsa; y así entablaba, á cada liquidación, una nueva batalla, que le proporcionaba infaliblemente la victoria, gracias á la virtud decisiva de los fuertes batallones. Saccard, que lo miraba, quedó un instante agobiado bajo el pensamiento de que todo aquel dinero que ponía en movimiento era suyo, que tenía en sus cuevas su inagotable mercancía, con la que traficaba como comerciante astuto y prudente, como dueño absoluto, obedecido con una mirada, que quería oirlo todo, verlo todo, hacerlo todo por sí mismo. La posesión de mil millones

así manejados, es una fuerza inexpugnable.

—No dispondremos de un minuto, mi buen amigo—volvió á decir Gundermann.—¡Mirad! Voy á almorzar, pasad conmigo á la pieza vecina. Acaso allí nos dejarán tranquilos.

Era el comedor pequeño del hotel, el de la mañana, donde nunca se encontraba completa la familia. Aquel día no eran sino diez y nueve á la mesa, ocho de ellos niños. El banquero ocupaba el centro, y delante de sí no tenía más que un tazón de leche.

Permaneció un momento con los ojos cerrados, rendido por la fatiga, el rostro muy pálido y contraído, porque padecía del hígado y de los riñones; luego, despues de llevar con sus manos temblorosas el tazón á sus labios y beber un trago, suspiró.

—¡Ah! ¡Hoy estoy rendido!

—¿Por qué no descansáis?—preguntó Saccard.

Gundermann lo miró asombrado, y contestó ingenuamente:

—¡Pero si no puedo!

En efecto, ni siquiera le dejaban tomar la leche con tranquilidad, porque había seguido la recepción de corredores y el galope atravesaba ahora el comedor, mientras que las personas de la familia, los hombres, las mujeres, acostumbrados á aquel trastorno, reían, y se atracaban de fiambres y pasteles, y los niños, excitados por dos dedos de vino puro, producían un estrépito ensordecedor.

Y Saccard, que no dejaba de mirarlo, se maravillaba de verlo beber la leche á tragos lentos, con un esfuerzo tal que parecía que jamás llegaría al fondo del tazón. Le habían prescrito el régimen de la leche, y no podía ni siquiera tocar la carne ni un pastel. ¿Para qué entonces tantos millones? Jamás lo habían atormentado las mujeres: durante cuarenta años había sido de una estricta fidelidad á la suya; y ahora su prudencia era forzosa, irrevocablemente definitiva. ¿Para qué, pues, levantarse á las cinco, hacer aquel trabajo abominable, matarse con aquella inmensa fatiga, llevar una vida de galeote que no aceptaría ningún andrajoso, atestada la memoria de números, el cráneo estallando con todo un mundo de preocupaciones? ¿Para qué ese oro inútil añadido á tanto oro, cuando no se puede comprar y comer en la calle una libra de cerezas, llevar á un ventorrillo de la orilla del río á la muchacha que pasa, gozar de todo lo que se vende, de la pereza y de la libertad? Y Saccard, que, en sus terribles apetitos, comprendía sin embargo el amor desinteresado al dinero, por la potencia que da, sentíase acometido de una especie de terror sagrado al ver alzarse aquella figura, no la del avaro clásico que atesora, sino del obrero impecable, sin las necesidades de la carne, como abstraído en su vejez doliente, que continuaba edificando obstinadamente su torre de millones, con el único pensamiento de legarla á los suyos para que la

agrandasen todavía hasta que dominase la tierra.

Al fin se inclinó Gundermann y se hizo explicar á media voz la proyectada creación del Banco Universal. Saccard fué sobrio de detalles y no hizo más que aludir á los proyectos de Hamelin, habiendo comprendido desde las primeras palabras que el banquero trataba de sonsacarle, resuelto de antemano á despedirlo en seguida.

—¡Otro Banco más, mi buen amigo, otro Banco más!—repitió con su aire burlón.—El negocio en que yo pondría mucho dinero, sería en una máquina, sí, una guillotina para cortar la cabeza á todos esos Bancos que se fundan.... un rastrillo para limpiar la Bolsa. ¿No tiene nada de esto vuestro ingeniero en sus papeles?

Después, afectando un tono paternal, con crueldad tranquila:

—Vamos, sed razonable, ya sabéis lo que os tengo dicho.... Hacéis mal en volver á los negocios, y es un verdadero servicio el que os hago rehusando entrar en vuestro sindicato.... Infaliblemente vendréis á tierra, esto es matemático, porque sois excesivamente apasionado, tenéis demasiada imaginación; además, siempre se acaba mal cuando se trafica con el dinero ajeno.... ¿Por qué no os busca vuestro hermano una buena colocación, una prefectura, ó bien una recaudación? No, una recaudación no, esto es aún demasiado peligroso.... No os fiéis, no os fiéis, mi buen amigo.

Saccard se había levantado, tembloroso.

—¿Es cosa decidida que no tomaréis acciones?
¿No queréis ser de los nuestros?

—¡Con vos, nunca!.... Antes de tres años seréis comido.

Reinó un silencio preñado de luchas, un cambio feroz de miradas que se desafiaban.

—Entonces, adiós.... Todavía no he almorzado y tengo mucha hambre. Habrá que ver quién es el que será comido.

Y lo dejó, en medio de su tribu que acababa de atracarse ruidosamente de pasteles, recibiendo á los últimos corredores retrasados, cerrando á cada momento los ojos de cansancio, mientras que concluía su tazón á sorbos, blancos de leche los labios.

Saccard se lanzó en su fiacre, dando la dirección de la calle de San Lázaro. Era la una, había perdido la mañana y volvía á su casa á almorzar fuera de sí. ¡Ah! ¡El cochino judío! He aquí uno decididamente á quien hubiera tenido placer en destrozar de una dentellada, como un perro destroza un hueso. Pero ¿quién sabe? Los mayores imperios se han derrumbado, siempre hay una hora en que los poderosos sucumben. ¡No, comerlo no, darle mordiscos, arrancarle pedazos de su fortuna; después comerlo, ¿por qué no? acabar, en su rey incontestado, con esos judíos que se creían los amos del festín! Y estas reflexiones, esta cólera que sacaba de casa de Gundermann, despertaban en Saccard un celo

furioso, un ansia de negocio, de éxito inmediato: habría querido levantar con un gesto su casa de banca, hacerla funcionar, triunfar, aplastar á las casas rivales. Súbitamente se acordó de Daigremont, y sin discutir, con un movimiento irresistible, se inclinó y gritó al cochero que subiese la calle de Laroche-foucauld. Si quería ver á Daigremont debía darse prisa y dejar el almuerzo para más tarde, porque sabía que éste salía á eso de la una. Indudablemente este cristiano valía por dos judíos, y pasaba por un ogro que devoraba los negocios nuevos que iban á parar á su casa. Pero en aquel momento, Saccard habría tratado con Cartouche, para la conquista, aun con la condición de partir. Después, ya se vería, él sería el más fuerte.

A todo esto, el fiacre que subía con trabajo la áspera pendiente de la calle, se paró delante de la alta puerta monumental de uno de los últimos hoteles de aquel barrio, que los ha tenido muy hermosos. El cuerpo de construcciones, en el fondo de un vasto patio empedrado, tenía un aire de regia grandeza, y el jardín que le seguía, plantado todavía de árboles centenarios, era un verdadero parque, aislado de las calles populosas. Todo París conocía aquel hotel por sus fiestas espléndidas, sobre todo por la admirable colección de cuadros, que ni un gran duque, de viaje, dejaba de visitar. Casado con una mujer célebre por su belleza, como sus cuadros, y que

alcanzaba en los salones grandes éxitos de cantrix, el dueño de la casa arrastraba un tren de príncipe, era tan celebrado por su cuadra de carrera como por su galería, pertenecía á uno de los grandes clubs, ponía en circulación las mujeres más costosas, tenía palco en la Ópera, silla en el hotel Drouot y banquillo en todos los lugares equívocos en moda. Y toda aquella gran vida, aquel lujo brillante en una apoteosis de capricho y de arte, pagábalos únicamente la especulación, una fortuna sin cesar en movimiento, que parecía infinita como el mar, pero que tenía su flujo y reflujo, diferencias de dos y trescientos mil francos, en cada liquidación de quincena.

Cuando Saccard hubo subido la majestuosa escalinata, un lacayo lo anunció y le hizo atravesar por tres salones atestados de maravillas, hasta un saloncito de fumar donde Daigremont acababa un cigarro antes de salir. De edad ya de cuarenta y cinco años y en lucha contra un principio de obesidad, era este un hombre de alta estatura, muy elegante y que no llevaba más que el bigote y la perilla, como fanático de las Tullerías. Afectaba una gran amabilidad, una confianza absoluta en sí mismo, seguro de vencer.

Así que vió á Saccard se precipitó hacia él exclamando.

—¡Ah, querido amigo! ¿Qué es de vuestra vida? El otro día me acordé de vos.... ¿Es verdad que sois vecino mío?

Pero se calmó, renunciando á aquella efusión

que guardaba para la multitud, cuando Saccard, juzgando inútiles las delicadezas de transición, abordó inmediatamente el objeto de su visita. Expuso su gran negocio, explicó que antes de crear el Banco Universal, con capital de veinticinco millones, quería formar un sindicato de amigos, de banqueros, de industriales, que asegurase de antemano el éxito de la emisión, comprometiéndose á tomar las cuatro quintas partes de esa emisión, ó sea cuarenta mil acciones á lo menos. Daigremont se había puesto muy serio, lo escuchaba, lo miraba, como si lo examinase hasta el fondo del cerebro, para ver qué esfuerzo, qué trabajo útil para sí mismo podría sacar todavía de aquel hombre á quien había conocido tan activo, tan lleno de maravillosas cualidades en su fiebre de travesuras. Al pronto vaciló.

—No, no, estoy agobiado, no quiero emprender nada nuevo.

Después, tentado sin embargo, hizo preguntas, quiso conocer los proyectos que patrocinaría la nueva casa de crédito, proyectos de los cuales su interlocutor tenía la prudencia de no hablar más que con la mayor reserva. Y cuando conoció el primer negocio que se acometería, aquella idea de syndicar todas las Compañías de transportes del Mediterráneo, bajo la razón social de Compañía general de Vapores reunidos, pareció muy impresionado, y cedió de repente.

—Pues bien, escuchad, consiento en entrar

en ello, pero únicamente con una condición.....
¿Cómo estáis con vuestro hermano el ministro?

Saccard, sorprendido, tuvo la franqueza de mostrar su amargura.

—Con mi hermano..... ¡Oh! El hace sus negocios y yo hago los míos. No tiene la fibra muy fraternal mi hermano.

—¡Entonces, tanto peor!—declaró francamente Daigremont.—No quiero estar con vos si no lo está también vuestro hermano..... Entendedlo bien, no quiero que estéis reñidos.

Saccard protestó con un gesto colérico de impaciencia. ¿Qué necesidad tenían de Rougon? ¿No sería ir á buscar cadenas para atarse de pies y manos? Pero al mismo tiempo, una voz de prudencia, más fuerte que su irritación, le decía que había que asegurar al menos la neutralidad del gran hombre. Sin embargo, rehusaba brutalemente.

—No, no, siempre se ha portado muy sucia-mente conmigo. Jamás daré yo el primer paso.

—Escuchad—dijo Daigremont.—Espero á Huret á las cinco para una comisión de que está encargado..... Vais á ir en seguida al Cuerpo legislativo, cogéis á Huret en un rincón, le contáis vuestro asunto, él hablará de ello inmediatamente á Rougon, sabrá lo que éste piensa, y tendremos la respuesta aquí, á las cinco..... ¿Eh? ¿Os espero á las cinco?

Saccard, con la cabeza baja, reflexionaba.

—¡Dios mio! ¡Si os empeñáis!

—¡Oh, absolutamente! Sin Rougon nada; con Rougon todo lo que queráis.

—¡Bueno! Allá voy.

Y partía, después de un fuerte apretón de manos, cuando el otro lo llamó.

—¡Ah! Mirad, si veis que las cosas se arreglan, pasad á la vuelta, por casa del marqués de Bohain y por casa de Sedille, hacedles saber que yo entro en el negocio y pedidles que entren también ellos..... Quiero que entren.

Saccard encontró en la puerta el fiacre que había conservado, aunque no necesitaba más que bajar el extremo de la calle para llegar á su casa. Lo despidió, contando con que podría hacer enganchar á la tarde; y entró vivamente á almorzar. Ya no lo esperaban, y fué la cocinera quien le sirvió ella misma un pedazo de carne fiambre, que devoró mientras reñía al cochero; porque éste, á quien había hecho subir, le daba cuenta de la visita del veterinario, y resultaba que había que dejar al caballo descansar tres ó cuatro días. Y, con la boca llena, acusaba al cochero de malos cuidados y le amenazaba con Carolina, que pondría orden en todo aquello. En fin, le gritó que fuese al menos á buscar un fiacre. De nuevo caía un chaparrón diluviano, y tuvo que esperar más de un cuarto de hora el carruaje, en el que montó, bajo torrentes de agua, dando la dirección:

—¡Al Cuerpo legislativo!

Su plan era llegar antes de la sesión con ob-

jeto de poder coger á Huret al paso y hablar con él tranquilamente. Por desgracia se temía aquel día un debate apasionado, porque un miembro de la izquierda debía provocar la eterna cuestión de Méjico, y Rougon, sin duda, se vería obligado á contestar.

Cuando Saccard entraba en el salón de conferencias, tuvo la suerte de tropezar con el diputado, y se lo llevó al fondo de uno de los saloncitos vecinos, donde se encontraron solos, gracias á la gran emoción que reinaba en los pasillos. La oposición iba haciéndose cada vez más temible, y comenzaba á soplar el viento de catástrofe, que debía aumentar y arrastrarlo todo. Por eso Huret, preocupado, no comprendió al pronto, y se hizo explicar dos veces la misión de que se le encargaba. Su espanto aumentó.

—¡Oh, mi querido amigo! ¿Pensáis en tal cosa? ¡Hablar á Rougon en este momento! Estoy seguro de que me enviará á paseo.

Después surgió la inquietud por su interés personal. No existía sino por el gran hombre á quien debía su candidatura oficial, su elección, su situación de doméstico bueno para todo, que vivía de las migajas del favor de su amo. Hacía dos años que, en aquel oficio, y gracias á ciertos negocios, á las prudentes ganancias recogidas de debajo de la mesa, iba redondeando sus vastas tierras del Calvados, con el pensamiento de retirarse á ellas y vivir allí en grande

después de la catástrofe. Su ancho rostro de astuto campesino se había llenado de sombras y expresaba el embarazo en que lo ponía aquella demanda de intervención, sin darle tiempo á hacerse cargo de si habría en ello, para él, beneficio ó perjuicio.

—¡No, no, no puedo!.... Ya os he trasmitido la voluntad de vuestro hermano, y no puedo ir ahora á irritarlo más. ¡Qué demonio, pensad un poco en mí! No es muy dulce cuando se le molesta; y ¡caramba! no tengo gana de pagar por vos, perdiendo mi crédito.

Entonces Saccard, comprendiendo, no trató más que de convencerle de que se podrían ganar millones con la fundación del Banco Universal. A grandes rasgos, con su ardiente palabra que transformaba un asunto de dinero en un cuento de poeta, explicó las soberbias empresas, el éxito cierto y colosal. Daigremont, entusiasmado, se ponía á la cabeza del sindicato. Bohain y Sedille habían pedido ya entrar. Era imposible que él, Huret, no estuviese también: aquellos señores lo querían absolutamente á su lado á causa de su alta posición política. Hasta se esperaba que consintiera en formar parte del Consejo de administración, porque su nombre significaba orden y probidad.

A aquella promesa de ser nombrado miembro del Consejo, el diputado lo miró bien á la cara.

—En fin, ¿qué es lo que deseáis de mí? ¿Qué respuesta queréis que yo consiga de Rougon?

—¡Dios mío!—contestó Saccard—yo habría prescindido fácilmente de mi hermano. Pero es Daigremont quien exige que yo me reconcilie. Acaso tiene razón..... Así, yo creo que debéis hablar simplemente de nuestro asunto al terrible hombre, y obtener, si no que nos ayude, al menos que no esté en contra nuestra.

Huret, con los ojos entornados, parecía no acabar de decidirse.

—¡Ea! Si traéis una palabra tranquilizadora, nada más que una palabra tranquilizadora, ¿entendéis? Daigremont se contentará, y esta noche arreglaremos la cosa entre los tres.

—Pues bien, voy á intentarlo—declaró bruscamente el diputado, afectando una franqueza de campesino;—pero preciso es que sea por vos, porque no es muy dulce, ¡oh, no! sobre todo cuando la izquierda lo molesta..... ¡Hasta las cinco!

—¡Hasta las cinco!

Saccard permaneció allí cerca de una hora aún, muy inquieto por los rumores de lucha que corrían. Oyó á uno de los grandes oradores de la oposición anunciar que tomaría la palabra. A aquella noticia, tuvo por un instante el deseo de encontrar á Huret para preguntarle si no sería más prudente dejar para el día siguiente la conferencia con Rougon. Después, fatalista, creyendo en la suerte, temió comprometerlo todo si cambiaba lo que ya estaba decidido. Acaso, en el trastorno, sería más fácil que su hermano

pronunciase la palabra esperada. Y, para dejar correr las cosas, salió y subió á su fiacre, y entraba ya en el puente de la Concordia, cuando se acordó del deseo expresado por Daigremont.

—Cochero, á la calle de Babilonia.

En la calle de Babilonia era donde vivía el marqués de Bohain, ocupando las antiguas dependencias de un gran hotel, un pabellón que había habitado el personal de las caballerizas, y del que se había hecho una casa moderna muy confortable. La instalación era lujosa, con bello aspecto de aristocracia coqueta. Jamás se veía á la marquesa, enferma, decía su marido, y retenida en sus habitaciones por sus achaques. Sin embargo, la casa y los muebles eran de ella; él vivía allí como en una casa de huéspedes, no teniendo suyos más que los objetos de su uso personal, una maleta que se habría podido llevar en un fiacre, separados los bienes desde que él vivía del juego. Ya en dos catástrofes, había rehusado pagar sus diferencias, y el síndico, después de haberse dado cuenta de la situación, ni siquiera se había tomado el trabajo de enviarle una citación. Se pasaba la esponja, simplemente. El marqués embolsaba en tanto que ganaba, pero no pagaba cuando perdía: sabíase esto y se resignaban. Tenía un nombre ilustre que era muy decorativo en los Consejos de administración; así, las compañías nuevas que necesitaban nombres retumbantes, se lo disputaban: jamás estaba vacante. En la Bolsa tenía susilla, en el lado

de Nuestra Señora de las Victorias, el lado de la especulación rica, que afectaba no hacer caso de los rumores del día. Era respetado y se le consultaba mucho. Con frecuencia influía en el mercado. En fin, era todo un personaje.

Saccard, que lo conocía bien, quedó sin embargo impresionado por la recepción altamente cortés de aquel hermoso viejo de sesenta años, de pequeña cabeza, colocada sobre un cuerpo de coloso, de faz descolorida encuadrada en una peluca oscura, del más noble aspecto.

—Señor marqués, vengo como verdadero pretendiente.....

Y dijo el motivo de su visita, sin entrar desde luego en detalles. Por lo demás, el marqués lo paró desde las primeras palabras.

—No, no; tengo ocupado todo mi tiempo, y en este momento se me tienen hechas diez proposiciones que debo rehusar.

Pero como Saccard añadiese sonriendo:

—Es Daigremont quien me envía; ha pensado en vos.

Exclamó inmediatamente:

—¡Ah! ¿Está en el asunto Daigremont?..... ¡Bueno, bueno! Si Daigremont está, yo también estaré. Contad conmigo.

Saccard quiso entonces darle al menos algunas noticias, para que supiese en qué clase de negocio iba á entrar; pero el marqués le tapó la boca con la amable desenvoltura de un gran señor que no desciende á detalles, y que tiene

una confianza natural en la probidad de las gentes.

—Os lo suplico, no añadáis una palabra..... No quiero saber más. Necesitáis de mi nombre y tengo un verdadero placer en prestároslo, eso es todo..... Decid solamente á Daigremont que arregle esto como quiera.

Al subir á su fiacre, Saccard iba riéndose interiormente.

—Nos costará caro—pensaba—pero verdaderamente hace su papel.

Y añadió en voz alta:

—Cochero, á la calle de Jeuneurs.

La casa Sedille tenía aquí sus almacenes y sus oficinas, ocupando, en el fondo de un patio, todo un vasto piso bajo. Después de veinticinco años de trabajo, Sedille, que era de Lión y que conservaba allá talleres, acababa de hacer de su comercio de seda al por mayor uno de los más conocidos y más sólidos de París, cuando la pasión del juego, á consecuencia de un incidente de casualidad, se había revelado y propagado en él con la destructora violencia de un incendio. Dos grandes jugadas afortunadas, una tras otra, lo habían vuelto loco. ¿A qué consumir veinticinco años de su vida para ganar un pobre millón, cuando en una hora, por una sencilla operación de Bolsa, puede uno metérselo en el bolsillo? Desde entonces había ido abandonando poco á poco su casa, que marchaba por la velocidad adquirida; no vivía más que con la espe-

ranza de un golpe de agio triunfante; y como había venido la mala, persistente, todos los beneficios de su comercio iban siendo engullidos. Lo peor de esta fiebre es que se llega á despreciar la ganancia legítima, y hasta se acaba por perder la noción exacta del dinero. Y la ruina era segura, pues si los talleres de Lión producían doscientos mil francos, el juego se llevaba trescientos mil.

Saccard encontró á Sedille agitado, inquieto, porque era un jugador sin flema, sin filosofía. Vivía lleno de remordimientos, siempre esperando, siempre abatido, enfermo de incertidumbre; y esto porque seguía siendo honrado en el fondo. La liquidación de fin de Abril había sido muy desastrosa para él. Sin embargo, su ancha cara con grandes patillas rubias, se coloreó á las primeras palabras.

—¡Ah, querido! Si es la suerte lo que me traéis, sed bienvenido.

Pero en seguida añadió como aterrado:

—¡No, no! No me tentéis. Mejor haré en encerrarme con mis piezas de seda y en no moverme de mi escritorio.

Queriendo esperar á que se calmase, Saccard le habló de su hijo Gustavo, á quien había visto por la mañana en casa de Mazaud. Pero esto era, para el negociante, otro motivo de pena, porque había pensado dejar su casa á su hijo, y éste despreciaba el comercio, alma alegre y de fiestas, bueno, como los hijos de advenedizos, para

comerse las fortunas hechas. Su padre lo había colocado en casa de Mazaud, para ver si tomaba afición á las cuestiones financieras.

—Desde la muerte de su pobre madre—murmuró—me ha dado pocas satisfacciones. En fin, acaso aprenderá en la agencia cosas que me serán útiles.

—¡Y bien!—dijo bruscamente Saccard:—¿Seréis de los nuestros? Daigremont me ha dicho que viniera á deciros que él lo es.

Sedille alzó al cielo los brazos temblorosos. Y con la voz alterada por el deseo y por el temor, contestó:

—¡Sí, contad conmigo! Ya sabéis que no puede ser de otro modo. Si rehusara y vuestro negocio prosperara, enfermaría de pena..... Decid á Daigremont que estoy con vosotros.

Cuando Saccard salió á la calle, miró su reloj y vió que apenas eran las cuatro. El tiempo que tenía delante de sí, y la necesidad que sentía de andar un poco, le hicieron dejar su fiacre. Pero se arrepintió casi en seguida, porque aún no había llegado al boulevard cuando un nuevo chaparrón, un diluvio mezclado con granizo, le obligó otra vez á refugiarse en un portal. ¡Vaya un tiempo perro, cuando hay que andar por París! Después de haber observado caer el agua durante un cuarto de hora, se impacientó y llamó un coche que pasaba desocupado. Era una victoria, y aunque se echó sobre las piernas el impermeable, llegó calado á la calle de Laroche-

foucauld, y con media hora de anticipación.

En el saloncito de fumar, donde lo dejó el criado, diciendo que el señor no había vuelto todavía, Saccard se puso á mirar los cuadros. Pero una soberbia voz de mujer, un contralto de una potencia melancólica y profunda, se dejó oír en el silencio del hotel, y Saccard se acercó á la ventana, que estaba abierta, para escuchar: era la señora que ensayaba al piano una pieza que debía cantar sin duda aquella noche, en algún salón. Y, arrullado por aquella música, pensó en las extraordinarias historias que se contaban de Daigremont: la historia de la Hadamantina sobre todo, aquel empréstito de cincuenta millones, cuyo *stock* entero había conservado, haciéndolo vender y revender cinco veces por corredores suyos, hasta que hubo creado un mercado y establecido un precio; luego la venta sería, la baja fatal, de trescientos francos á quince francos, los beneficios enormes, sobre todo un mundo de cándidos, arruinados de pronto. ¡Ah, era muy fuerte, un mozo terrible! La voz seguía, exhalando una lamentación tierna, angustiosa, de una amplitud trágica, mientras que Saccard, vuelto al centro de la pieza, se había detenido delante de un Messonnier, que apreció en cien mil francos.

Pero oyó que entraba alguien, y se sorprendió al reconocer á Huret.

—¿Cómo, sois ya vos? Aún no son las cinco..... ¿Ha acabado la sesión?

—¡Ah! sí, acabada..... Se están zurrando.

Y explicó que, como el diputado de la oposición seguía hablando, Rougon seguramente no podría contestar hasta el día siguiente. Por eso, al ver esto, se había arriesgado á abordar al ministro, durante una corta suspensión de la sesión, en un pasillo.

—¿Y qué?—preguntó Saccard nerviosamente.—¿Qué ha dicho mi ilustre hermano?

Huret no contestó en seguida.

—¡Oh! estaba de un humor de perro..... Os confieso que contaba con la irritación en que lo veía, esperando que me enviara sencillamente á paseo..... Le he hablado de vuestro asunto, le he dicho que no queréis emprender nada sin su aprobación.

—¿Y entonces?

—Entonces me ha cogido por los brazos, me ha sacudido, y me ha gritado: «¡Que vaya á hacerse ahorear!» Y me dejó plantado.

Saccard perdió el color y se rió forzosamente.

—¡Tiene gracia!

—¡Demonio, sí, tiene gracia!—dijo el diputado con tono convencido.—No pedía yo tanto..... Con esto ya podemos marchar.

Y como oyese en el salón vecino los pasos de Daigremont que volvía, añadió en voz baja:

—Dejadme hacer.

Evidentemente, Huret tenía los mayores deseos de ver fundarse el Banco Universal y de